

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXV

San José, Costa Rica **1932** Sábado 24 de Setiembre

Núm. 12

Año XIV. No. 604

SUMARIO

El retrato que yo me he hecho de don Alberto Masferrer	Carmen Lyra	El toreador de la virtud	Juan Aparicio	
Recuerdos	Sultana de Larahé	Elogio de la Isla de Puerto Rico	Gabriela Mistral	
Don Alberto Masferrer	Siona Benedictus	León Luis	Alfonso Fabila	
Luminia. Viendo el retrato de una casita. Versos sencillos. Adiós a Luminia	Alberto Masferrer	Orientaciones	Arturo Mejía Nieto	
Un filósofo del orden social	Juan del Camino	Gymnasium	Azorin	
Sueño profético	Salarrué	Los Apristas peruanos informan y dan las gracias	N. Viera Altamirano	
Los últimos días de Masferrer	Alfonso Rochac	La crisis económica y el maquinismo	Alberto Guillén	
Cómo expiró Alberto Masferrer	Efraín Jovel	El santero don Julián	David Alfaro Siqueiros y su "revolucionaria pistola de aire"	Blanca Luz Brum
Escritos principales de Alberto Masferrer				

El retrato que yo me he hecho de don Alberto Masferrer

— Envío de la autora.—San José de Costa Rica —

No conocí personalmente a don Alberto Masferrer. La primera vez que él estuvo en Costa Rica de profesor en el Colegio de Señoritas, era yo una chiquilla y cuando volvió en 1921, andaba yo fuera del país. Pero me sentía amiga suya y él se sentía amigo mío. De cuando en vez nos escribíamos y siempre que publicaba un libro me lo enviaba con una dedicatoria cariñosa.

Me lo describen así: un hombrecito pequeñito, delgado, de apariencia débil. Daba la impresión—me dicen—de que casi no pesaba. Sin embargo, cuando pienso en él, no veo una figura de líneas que se diluyen en la luz, sino un perfil de trazos que tratan de imponerse, sobre el fondo centroamericano. En mi imaginación hay algo parecido al retrato del poeta belga Rodenbach de Levy Dhurmer que está en el Musco del Luxemburgo. Siento que no debería traer aquí a colación este retrato de Rodenbach... Lo hago para explicarme a mí misma, mi manera de contemplar la memoria del noble varón salvadoreño que acaba de morir. En el cuadro de Dhurmer se ve: en el frente, la hermosa cabeza del poeta flamenco, y en el fondo Brujas la ciudad abandonada por el mar, cuya tristeza de amante despreciada, cantó Rodenbach en sus libros. Sí, es algo semejante lo que hay en mi imaginación, semejante en la disposición y en la suavidad con que está tratada la cabeza. La de mi retrato que me he hecho de Masferrer, es también una cabeza que quisiera irse para las nubes, como la del Rodenbach de Dhurmer, pero que antes de emprender el vuelo no desdeña mirar hacia abajo y comprende que la fuerza de gravedad que atrae hacia el suelo, no es menos maravillosa que el anhelo de ir hacia arriba. Me doy cuenta de que todos los ensueños imprecisos, vagarosos, todas las filosofías forjadas detrás de esa frente honrada, se humanizan al ponerse en contacto con la fuerte realidad que los rodea. Cambian sus alas por unos tímidos pies de niño que se echan a andar sensibles sobre las piedras del camino. Pero ya es una gran victoria el que tengan pies y no solamente alas, como pasa la mayor parte de las veces con los ensueños de los idealistas. ¡Y cuánta falta han he-



Alberto Masferrer

Falleció en San Salvador, El Salvador, a las 10 y 55 minutos de la noche del 4 de setiembre del año en curso.

Fué uno de los amigos y colaboradores de este semanario. Continuará siéndolo. El hecho de que lo sigamos buscando, revela con claridad que lo llevamos en el corazón. Al pie de su bandera, en recuerdo de lo que dijo e hizo, seguiremos en las mismas esperanzas y agonías en que él vivió.

Por su madre, por su hija, por su esposa, por los suyos hemos de abogar; por el bienestar de los suyos, muy amados.

Otras imágenes tuyas, su ideario recogido por el noble Alfonso Rochac, su anecdotario, tantas cosas de él que iremos dando

Repetiré: seguirá cerca de nosotros, como en vida. Seguirá colaborando, como todas las almas creadoras, después de su muerte.

Hoy que hablen las mujeres, de preferencia, cuyos dulces afectos cultivó y estimó Masferrer por doquiera que pasaba.

cho los pies a los ensueños de los hombres!... Ellos han creído que las alas son cosa más noble y bella que los pies y han descuidado el piso por donde éstos tienen que transitar. A menudo el idealista disimula su flaqueza bajo el deseo de las alas. Así rehuye con decencia tantas responsabilidades...!

Si Masferrer hubiese sido un literato nada más o un verificador hábil o un intelectual esnob o diletanti, se habría

puesto sus alas de metáfora y habría volado a la altura para librarse de la lucha de aquí abajo y no arriesgar su bienestar. Pero Masferrer no fué solamente un intelectual, sino también un hombre de honor, y por eso no se hizo el desentendido ante la explotación de los amos y el hambre de su pueblo.

Bien diferente es el paisaje que sirve de fondo a mi retrato de Masferrer de aquel que se ve en el cuadro de Dhurmer, con sus canales de aguas inmóviles, sus torres místicas y su música de carillones en el aire. No, no, que el mío es de esfuerzo humano y de tragedia. Está formado por un pueblo que es todo él una espalda agachada sobre el surco y una mano que trabaja, y que es sin embargo un pueblo humillado y hambriento sobre una tierra estremecida por la respiración de volcanes vivos, que echan a los vientos el fuego de sus entrañas pavorosas y se sangran en lava hirviente sobre las laderas y consume cual si fueran de paja los bosques, los plantíos, los animales y los poblados. Es una tierra en donde todo está cultivado por el pueblo más laborioso de Centro América, todo, hasta las fauces de los volcanes en actividad. El indio atisba cuando el volcán duerme la siesta, para limpiarle los morros y ponérselos bonitos con los cultivos. No hay rincón por el cual el trabajador salvadoreño no haya pasado su mano diligente—de piedra para el aguante—ni terrón que no haya regado con su sudor. Allí van todos los creadores de la riqueza de ese país: los colonos salvadoreños, de piel más oscura que el suelo que labran; a su paso humilde se levantan los cafetales de Oriente y de Occidente que llenan de oro las arcas de los amos, quienes no saben sino humillar y explotar al peón e ir por el mundo dándose aires de condes y de duques, y eso en la época que corre, cuando los príncipes rusos lavan platos en los restaurantes para ganarse la vida. Allí van por las vegas del centro del territorio salvadoreño, los plantadores de tabaco; conocen secretos para que la hoja se ponga rubia y extraiga de la tierra y del aire aromas y nepentes para goce del hombre. Aquellos son los alfareros de Ilobasco con sus vasos y sus figuras artísticas de arcilla fina. Pasan

los músicos y cantores de Cacaopera y de Sesembra y los tejedores de fibra de palma, de San Pedro y San Juan Nounualco y los tejedores de Occidente, descendientes de aquellos que en época menos civilizada sacaban de sus telares unos rebozos de seda maravillosos; eran unos lindos rebozos con los que se ponían bonitas las muchachas del pueblo en Costa Rica, una tela a listas alegres, coruscante, que sonaba como si la luz se estuviera friendo, con unos originales dibujos en las barbas o flecos de los extremos. Aquí vienen los que elaboran las arcillas de Ahuachapán para sacar el verde, el rojo, el amarillo con que se iluminan las cosas apagadas de la vida; los que obtienen el añil de Chalatenango y los que sacan al henequén sus fibras resistentes. "Por el camino, al borde indeciso del desfiladero, van y vienen las mujeres de Panchimalco con sus grandes cargas a la cabeza, rápidas y rítmicas, aleteando los brazos, la cara inexpresiva, concentrando todas las fuerzas en el fin único de caminar pronto y seguro" (1). Pasan también los tipos de los cuentos de Salarrué: Pablo Melara, Goyo Cuestas y su zipote, José Pashaca; pasan con esa humilde naturalidad que hay en las piedras y en los vegetales y que tanto impresiona cuando se medita en ella; dejan su huella conmovedora y sin esperanza en el polvo que brilla bajo la pesada indiferencia de nuestro cielo tropical. Es un desfile de seres humanos callados y llenos de fuerza como los terrones que pisan, terrones y criaturas que se entienden muy bien, pues al conjuro de las manos de éstas, sale del humus el grano de café—"el grano de oro" que dicen nuestros patrioterros echando hacia adelante el pecho sin corazón para los peones que lo siembran y lo cosechan; sí, "de oro" para el dueño de la finca que lo convierte en dólares o en libras esterlinas, parte de los cuales irá a aumentar su depósito en un Banco de Nueva York o en el Banco de Francia o en el de España y la otra servirá para que vayan a presumir por los balnearios de Europa él y la señorona de su esposa y la señoritinga de su hija envueltas en pieles legítimas y en sedas. Van las indias refajadas en su vestido adornado de vivos colores y los indios con su pantalón y su camiseta de manta y su sombrero de palma, nada más. Son descendientes de Atlacatl el Joven, señor de Cuzcátlán, el cacique que supo hacer resistencia a don Pedro de Alvarado, quien salió cojo del trance. Son hermanos del indio Anastasio Aquino, el bravo nonualqueño que hace un siglo se levantó contra el gobierno de El Salvador, al ver "pasar por las tierras de su labranza un destacamento que a punta de látigo arreaba—como si fueran animales de rebaño—a unos indios destinados al servicio militar". Es Aquino el que se proclamó rey colocándose en la cabeza una corona del señor San José del santuario del templo del Pilar en San Vicente, y se puso al frente de una legión de rebeldes que supieron imponerse a

las fuerzas gobiernistas con sus cuchillos y sus lanzas de güisocoyol.

Y es este pueblo de criaturas silenciosas, cuerpo pequeño y piel requemada por siglos de sol tropical, el creador de la mayor parte de la riqueza de El Salvador. Y nada poseen estas criaturas, pues que hasta el agua les venden los patrones de muchas haciendas; en los tiempos buenos se alimentan de frijoles y de tortilla, pero en los malos, cuando les va bien, comen frijoles con gorgojo. Este país que sirve de fondo a mi retrato de Masferrer, no se diferencia gran cosa de cualquier departamento de Francia en la Edad Media. Bueno, me refiero al estado social, que en cuanto a lo demás están muy adelantados: carreteras asfaltadas, autos, refrigeradoras, radiolas, estufas eléctricas, niños y niñas bien, educados en universidades yanquis o europeas, etc., etc. El territorio salvadoreño está repartido entre unas pocas personas; son fincas enormes en las cuales—dan ganas de decir, tan inmensas son,—no se pone el sol. Pero el colono, el que labra la tierra, no tiene ni en donde caerse muerto; éste debe dar lo mejor de su trabajo al amo, para tener derecho a un pedazo de tierra en donde cultivar el maíz y los frijoles de su sustento; y lo mejor de la cosecha va a engordar el granero del amo. Es como antes de la Revolución Francesa, cuando había siervos. La tierra que cultivan los colonos de El Salvador no pertenece a "manos muertas" como la tierra de Francia antes de 1789, pero pertenece a manos ociosas y despiadadas, que es lo mismo; no es propiedad inalienable y perpetua de la Iglesia, pero es propiedad inalienable de una clase privilegiada que asesina al pueblo cuando éste quiere conquistar su derecho a comer. Y como un velo de horror y de sangre, tiembla sobre el ambiente de mi cuadro, el crimen de 1932 que acabó con Martí, Zapata y Luna y con más de diez mil salvadoreños en rebelión contra su miseria y contra los parásitos que en El Salvador chupan las fuerzas de los trabajadores y se ponen frondosos sobre ellas. A través de la malla sanguinolenta, la sonrisa macabra del presidente Martínez, la gravedad repugnante de los

militares y la papada grasosa y honorable de los terratenientes. Y dicen que ya el papa que llaman santo reconoció el gobierno de este Martínez.

Masferrer no olvida a su pueblo que trabaja y ha hambre. En su mano está el dedicarse a escribir cuartillas con figuras literarias que no ofendan a ningún canalla honorable. ¿Por qué no se dedica, como tanto pensador "sereno", a confeccionar libros "interesantes" o biografías de grandes personajes muertos hace siglos y sin descendientes que puedan reclamar, o a divagar acerca de teorías filosóficas? No, no, que Masferrer es un intelectual honrado y nuestro tiempo no es remanso, ni onda tranquila, sino torrente de lujuria, de crimen, de ansia de oro que para su refocilo buscan por los peores caminos, los pícaros condecorados y protegidos por los gobiernos. Es preciso ir al encuentro de este torrente, con otro torrente poderoso, movido por el ansia de vivir con más nobleza. Sólo los intelectuales de mantequilla y azúcar, son capaces de seguir en el aparador ofreciendo su grasa fina y su dulzor a los indiferentes, a los ignorantes o a los comodidosos. Y Masferrer no es de mantequilla y azúcar, sino de carne como la carne de los indios hambrientos y humillados que hay a su alrededor. Lo único es que es la suya, carne apacentada con doctrinas indostánicas como Gandhi, con la no resistencia al mal tolstoiana y con los evangelios que de tanto ser leídos por los protestantes en sus biblias, y de tanto ser oídos los domingos en misa por los católicos, han perdido novedad y prestigio, y aquéllos los leen como si fueran cuentos de camino y éstos los oyen como quien oye llover. En sus últimos años, el alma de Masferrer fue como una paloma que se rebela contra una ave de rapiña. No tenía hiel ni malicia y puso su ansia de justicia al servicio de Araujo, el presidente salvadoreño que engaña a los campesinos para conseguir el poder, con promesas de darles tierra. Al frente de esa campaña política va Masferrer agitando al viento, como una bandera, su *Minimum Vital*, y el pueblo lo sigue en la creencia de que por fin va a poder cultivar su pe-

BANCO NACIONAL DE SEGUROS

DEPARTAMENTO DE VIDA

Tenemos el gusto de anunciar un nuevo beneficio con nuestras pólizas de seguro de vida

INDEMNIZACION DOBLE en caso de la muerte accidental del asegurado.

Es decir, EL BANCO PAGARA EL DOBLE DE LA SUMA ASEGURADA, si la muerte sobreviene a causa de un accidente. Este beneficio se concede mediante el pago, por año, de una extra prima de uno o dos colones por cada mil de seguro.

(1) Alberio Masferrer: *Notas de viaje*.

dacito sin estar pensando en la gabela del señor. Pincha Masferrer, en su proyecto de Constitución para la Unión Vitalista Hispanoamericana, a la Economía Individualista y a la Propiedad privada. Se da uno cuenta de que su intención no es de pinchar sino de acabar con una y otra, pero su táctica tolstoiana vuelve pinchazo lo que debía ser mandoble.

Medito a menudo con el pensamiento emocionado, en el gesto de rebeldía del Masferrer amamantado con la literatura de los románticos del siglo pasado, con las doctrinas de amor pasivo de Tolstoi y las filosofías orientales. El quiere hacer vivir los evangelios de amor y de paz entre la raza de víboras que en este instante mandan en casi el mundo entero, sin recordar que el Jesús de San Mateo decía a sus discípulos: "No penséis que he venido para meter paz en la tierra; no he venido para meter paz sino espada".

Sí, fué como un niño sin malicia este hombre bueno que quería hacer la Unión Centroamericana con razones corteses, sin recordar que allí no más están los Estados Unidos para imponerla si así conviene a las compañías bananeras yanquis o a la apertura del Canal de Nicaragua, o para impedir la si no les conviene.

Cuando se da cuenta de que lo han engañado, se va de su país y se refugia en Guatemala, de donde lo echa Ubioco, que es de los fariseos de América. Busca hospitalidad en Honduras, que le es más propicia. Hace poco regresó a su país, pero es para morir. ¡Cuánta pena tienen que haber sentido, ante el cadá-



ver de Masferrer, los salvadoreños que supieron amarlo! Quizá algún día le levanten una estatua en cualquier país de Centro América. Las estatuas sirven para que una generación trate de reparar un crimen o una injusticia cometido por una generación anterior.

Aquí, dentro de mi pensamiento queda el retrato que yo misma me he hecho del noble varón salvadoreño que acaba de morir, quien supo en su vejez ser fuerte como no saben serlo la mayor parte de los hombres jóvenes del istmo. Una cabeza que pudo haber sido solamente la de un intelectual, pero que tuvo el valor de ser también la de un rebelde. De fondo le sirve el pueblo más trabajador y viril de Centro América.

Carmen Lyra

Setiembre de 1932.

un cambio repentino en su aspecto; me acerqué para arreglarle las almohadas, trató de hablar, y al no conseguirlo, gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas; pasóse la mano por la frente, permaneció como cinco minutos silencioso, consiguiendo por fin balbucear las siguientes palabras:

"... No... no... puedo"... Seguidamente apoderóse de él un sueño letárgico.

Mejóro por algunos días, volvió a recaer, y así alternativamente pasó un par de meses.

El Maestro nunca estaba solo; cariñosas personas rodeábanle siempre. Cuando se le preguntaba por su salud, respondía sonriente: "Bastante mejor. Dentro de algunos días estaré completamente restablecido".

Costó persuadirle para internarse en un hospital americano que hay en Tela, en donde pasó un par de semanas, regresando un poco más restablecido.

El día que me vine fuí a despedirme de él; había dejado ya la cama, me pareció que su salud iba progresando, y hace pocos días leí en los periódicos la dolorosa noticia de su muerte. No creí que desaparecería tan pronto aquel padre cariñoso. Esperaba aun verle, escuchar siquiera una vez más sus sabias y generosas palabras. Pero, ¿ha muerto en realidad Alberto Masferrer?

¿Acaso puede desaparecer tan fácilmente un Faro? Sí, sí puede; empero la luz que derramó seguirá iluminando, y aún irradiará con más fulgor cuando todos los que tuvimos la dicha de comprenderle nos encontremos espiritualmente unidos.

Sultana de Larach

Setiembre, 1932.

Recuerdos

= Envío de la autora—En Costa Rica, por estos días =

Fué a principios de este año que llego a las playas hondureñas el Maestro Masferrer.

San Pedro Sula en particular tuvo el privilegio de abrigar en su seno a aquel espíritu superior; aquel luchador infatigable, cuya labor constante era despertar en la conciencia humana la justicia, el amor, la armonía, la belleza, en fin, todo aquello indispensable para perfeccionar y elevar la vida.

Con gran entusiasmo fué acogida por sus admiradores la noticia de que se radicaría allí por algún tiempo y daría lecciones de literatura, historia, idioma, etc.; lo que nunca se llevó a cabo, porque en esos días empezó a resentirse su salud.

Desde un principio el Dr. Presentación Centeno, un entusiasta y sincero admirador del Maestro, tomó especial interés en su asistencia. También la distinguida señora Graciela Bográn dedicó la mayor parte de su tiempo para hacer las veces de una hermana cariñosa, de una madre para aquel ser noble, que en oblación al bienestar humano dedicó los días de su existencia.

Jamás se borrará de mi memoria la dolorosa impresión que tuve una mañana al visitarle. Le encontré ojeando

una revista; estaba pálido, demacrado; la señora que le acompañaba en aquellos momentos me contó que había pasado muy mala noche. Pero mi mayor sorpresa fué al advertir la dificultad con que se expresaba.

Una tristeza profunda embargó mi corazón.

El ilustre cerebro centroamericano empezaba a flaquear.

El Orto comenzaba su viaje de regreso hacia lo desconocido.

Escasamente habían transcurrido trece minutos de mi llegada cuando tuvo

Don Alberto Masferrer

Para Luminia, afectuosamente

En su último viaje a Costa Rica lo conocimos. Su físico no era elocuente: magro, la color cetrina, añudado el semblante como si se contrajera por un dolor vivo y perenne, de mediana estatura, desfalleciente su configuración, como acentuando la aguda dolencia que minaba su interior, más parecía don Alberto un viejo maestro de escuela pueblerina, ya emérito por los achaques, y no el biza-

rro defensor de la libertad, el escritor recio y valiente en constante batallar, el apóstol que anduvo por cárceles y destierros por defender una causa grande, noble. Sin embargo, minutos después de la presentación y cuando todavía el desencanto formulaba el "es posible que éste sea", el espíritu vertido en su verbo urente aupaba como un rayo de sol sobre una ruina, iluminando, embellecien-